aún hay felizmente muchos polemistas que la observan con gran escrupulosidad; y aun son todavía más los que se esfuerzan con ánimo resuelto para conseguirla.

CAPÍTULO III

DE LA INDIVIDUALIDAD COMO UNO DE LOS ELEMENTOS DEL BIENESTAR

Acabamos de ver las razones que hacen absolutamente necesaria á los hombres la libertad de formarse sus opiniones y de expresarlas sin reserva; hemos visto igualmente que si esta libertad no se reconoce ó mantiene á despecho de la prohibición, las consecuencias son funestas para la inteligencia y la naturaleza moral del hombre. Examinemos ahora si las mismas razones requieren que el hombre sea libre para conducirse en la vida según las exigencias de su propia opinión, sin que tengan derecho á impedírselo sus semejantes, mientras cargue él solo con daños y perjuicios. Esta última condición es naturalmente indispensable. Nadie sostiene que las acciones deben ser tan libres como las ideas. Al contrario, éstas pierden su inmunidad

cuando se las expresa en circunstancias tales, que su solo enunciado es una instigación positiva á cualquier acto perjudicial. La idea de que los comerciantes de trigo hacen morir de hambre á los pobres, ó que la propiedad es un robo, no debe ser prohibida cuando se limita á circular en la prensa; pero puede ser con justicia castigada, si se expresa oralmente, en medio de una reunión de furias amotinadas delante de las puertas de un comerciante de trigo, ó si se propaga esto mismo en forma de pasquín. Las acciones, sean de la clase que sean, que sin causa justificable perjudiquen á otro, pueden ser, y en los casos más importantes deben ser, absolutamente fiscalizadas por la desaprobación manifiesta, y aun si es preciso por la activa coacción del género humano. La libertad del individuo debe ser limitada: no debe convertirse en perjuicio para los demás. Pero si no les hiere en lo que les afecta, y se contenta con obrar siguiendo su inclinación y su juicio en las cosas que únicamente conciernen á su persona, las mismas razones que hay para que la opinión sea libre exigen también que se le deba permitir en absoluto ponerla en práctica por su cuenta y riesgo.

La especie humana no es infalible; sus verdades no son, en su mayor parte, más que me-

dias verdades; la unidad de opiniones no es de desear, á menos que no resulte de la comparación libre y completa de las opiniones contrarias; la diversidad de opiniones no es un mal, sino un bien, mientras la humanidad no sea mucho más capaz que lo es hoy de reconocer todos los diversos aspectos de la verdad; he aquí una serie de principios aplicables igualmente á la conducta que á las opiniones de los hombres. Puesto que es útil, mientras el género humano sea imperfecto, que haya opiniones diferentes, será igualmente bueno ensayar las diferentes maneras de vivir. Es útil permitir la libre expansión de los diversos caracteres, impidiéndoles, sin embargo, perjudicarse los unos á los otros; y cada uno debe poder, cuando lo juzgue conveniente, hacer ensayos de los diferentes géneros de vida posibles. Allí donde se dicta una regla de conducta no inspirada en el carácter de cada uno, sino en las tradiciones ó las costumbres de otro, allí falta completamente uno de los principales elementos de la felicidad humana y el más esencial del progreso individual y social.

Aquí la mayor dificultad estriba, no en la apreciación de los medios que conducen á un fin conocido, sino en la diferencia de las personas en general en consideración á este mismo

fin. Si se atendiese al libre desenvolvimiento de la individualidad como uno de los principios esenciales del bienestar humano; si se le considerase, no como un elemento que se coordina con todo lo que se designa con las palabras civilización, instrucción, educación, cultura, sino como parte integrante y condición de todas estas cosas, no habría el peligro de que la libertad no fuese apreciada en todo su valor, ni se tropezaría con dificultades extraordinarias para trazar la línea de demarcación entre ella y la intervención social. Pero, desgraciadamente, no se concede apenas valor intrínseco á la espontaneidad individual.

Estando satisfecha la mayoría de las costumbres actuales de la humanidad—como que á ella se debe lo que son,—no puede comprender por qué tales costumbres no pueden satisfacer á todos. Hay más aún: la espontaneidad no figura en el ideal de la mayor parte de los reformadores morales y sociales; la miran más bien con celos, como un obstáculo que entorpece y quizá hace inaccesible á la aceptación general lo que, según el juicio de estos reformadores, sería mejor para la humanidad. Pocas personas, fuera de Alemania, comprenden el sentido de esta doctrina, sobre la cual Guillermo Humboldt, tan notable sabio como político, ha escrito un

tratado, á saber: que «el fin del hombre, no tal »como lo sugieren vagos y fugitivos deseos, »sino tal como lo prescriben los decretos eter»nos ó inmutables de la razón, es el desenvol»vimiento más amplio y armonioso de todas sus »facultades en un conjunto completo y estable»; luego el objeto «hacia el cual debe tender in»cesantemente todo sér racional, y en parti»cular aquellos que quieran influir sobre sus »semejantes, es la individualidad de potencia y »de desenvolvimiento». Para esto son necesarias dos cosas: «la libertad y la variedad de si»tuaciónes.» Su unión produce «el vigor indi»vidual y la diversidad múltiple» que se combinan en la «originalidad» (1).

Sin embargo, por nueva y sorprendente que pueda parecer esta doctrina de Humboldt, que tan alto precio concede á la individualidad, la cuestión no es después de todo, si bien se considera, más que una cuestión de más ó menos. Nadie supone que la perfección de la conducta humana consista en copiarse exactamente los unos á los otros. Nadie afirma que el juicio ó el carácter particular de un hombre no debe entrar para nada en su manera de vivir y de cuidar sus

(1) *De la esfera y de los deberes del Gobierno*, por el Barón Guillermo de Humboldt, págs. 11-13, edición alemana.

intereses. Por otro lado sería absurdo pretender que los hombres deberían vivir como si no se hubiese sabido nada en el mundo con anterioridad á ellos; como si la experiencia no hubiese jamás enseñado que una determinada manera de vivir ó de conducirse es preferible á otra. Nadie pone en duda que se debe educar é instruir á la juventud de manera tal que utilice los resultados obtenidos por la humana experiencia. Pero el privilegio y la condición propia de un sér humano en la plenitud de sus facultades es, servirse de la experiencia interpretándola á su manera. El es quien debe descubrir lo que hay en la experiencia adquirida, de aplicable á su posición y á su carácter. Las tradiciones y las costumbres de otros individuos son, hasta un cierto punto, testimonios de lo que la experiencia les ha enseñado, y estos testimonios y esta presunción debe ser acogida con deferencia por él. Pero en primer lugar puede también suceder que la experiencia de los otros sea limitada; ó torcidamente interpretada. Y en segundo lugar puede también haberse interpretado rectamente y no convenirle, sin embargo, particularmente. Las costumbres se hacen para los caracteres y las posiciones ordinarías, y pueden su carácter y posición no ser de este número. Aun siendo las costumbres buenas en sí, y pudiendo conve-

nir á un individuo, si este se acomoda á la costumbre solo por ser tal, es seguro que nada hace por conservar y desenvolver en su persona las cualidades que son el atributo distintivo del sér humano. Las facultades humanas de percepción, juicio, discernimiento, actividad intelectual y aun de preferencia moral, no se ejercen más que por selección individual. El que obra siempre según costumbre no procede de esta manera. No aprende nunca á discernir ó desear lo mejor. La fuerza intelectual y la fuerza moral, así como la fuerza muscular no progresan más que en tanto que se ejercitan. No se ejercitan las facultades haciendo una cosa por la sencilla razón de que otros la hacen, lo mismo que creyendo algo solamente porque otros lo creen. Si una persona adopta una opinión sin que los principios de esta opinión le parezcan concluyentes, su razón no se fortalecerá, sino que probablemente se debilitará; y si ejecuta alguna acción cuyos motivos no conformen con sus opiniones y su carácter (siempre que no se trate de afecciones ni de los derechos ajenos), no conseguirá otra cosa que enervar su carácter y sus opiniones que deberían ser activas y enérgicas.

El hombre que deja á las gentes, ó por lo menos á su gente, escoger por él su manera de vivir no necesita más facultad que la de imitación

de los monos. El hombre que escoje su manera de vivir se sirve de todas sus facultades. Debe emplear: la observación para ver; el razonamiento y el juicio para preveer; la actividad para reunir los materiales necesarios para la decisión; el discernimiento para decidir, y cuando ha decidido, la firmeza y el dominio sobre sí mismo para mantenerse en su deliberada decisión. Y cuanto mayor sea aquella parte de su conducta que regule según su juicio y sus sentimientos, más necesarias le serán todas aquellas diversas cualidades que ponga en ejercicio. Es posible, sin embargo, que algunos puedan marchar por el buen camino, y evitar toda influencia perjudicial, sin ninguna de estas cosas. ¿Pero cuál será su valor comparativo como sér humano? Es realmente de importancia, no sólo lo que hacen los hombres, sino también lo que son. Entre las obras á que el hombre puede dedicar más legítimamente su vida, está á no dudarlo la importantísima de perfeccionar y embellecer su propio sér. Suponiendo que se pudieran edificar casas, hacer germinar el trigo, reñir batallas, juzgar causas y aun erigir iglesias y orar mecanicamente por medio de autómatas de forma humana, se perdería extraordinariamente aceptando estos autómatas á cambio de los hombres y mujeres que habitan actualmen-

te la parte civilizada del globo terrestre; y eso que no son seguramente más que míseros ejemplares de lo que la naturaleza puede producir y producirá un día. La naturaleza humana no es una máquina que se puede construir según modelo, para hacer exactamente una obra determinada, es un árbol que quiere crecer y desarrollarse en todas direcciones, siguiendo la tendencia de las fuerzas interiores que constituyen un sér vivo.

Se concederá, sin duda, que es de desear que los hombres cultiven su inteligencia, y que es preferible seguir reflexivamente la costumbre ó alejarse de ella, también reflexivamente, que conformarse ciega y maquinalmente con lo establecido. Se admite, hasta cierto punto, que el dominio de nuestra inteligencia debe pertenecernos; pero no se admite ya tan fácilmente que deba suceder lo mismo con nuestros deseos y nuestras impulsiones; se considera casi como un peligro y un lazo tener enérgicas impulsiones. Sin embargo, éstas y aquellos forman parte del sér humano en su perfección, tanto como las creencias y los frenos morales. Los impulsos enérgicos no son peligrosos más que cuando no están equilibrados; cuando un conjunto de miras é inclinaciones se ha desenvuelto grandemente, mientras que otras miras é inclinaciones que

debieran desenvolverse paralelamente se quedan débiles é inactivas.

No obran mal los hombres porque sus deseos sean ardientes, sino porque sus conciencias son débiles. No existe una relación natural entre las impulsiones enérgicas y una conciencia débil: la relación natural es precisamente la contraria. Decir que los deseos y los sentimientos de una persona son más vivos y más numerosos que los de otra, es decir simplemente que la dosis de materia bruta de naturaleza humana es más fuerte en esta persona; por consiguiente, es capaz quizá de mayor mal, pero ciertamente de mayor bien. Las fuertes impulsiones son la energía bajo otro nombre; he aquí todo. La energía puede ser empleada en el mal; pero una naturaleza enérgica puede hacer más bien que una naturaleza indolente y apática. Los que tienen más sentimientos naturales son también aquellos en los que pueden desenvolverse en mayor grado los sentimientos cultos. Esta ardiente sensibilidad que hace las impulsiones personales vivas y poderosas, es también la fuente de donde nacen el amor apasionado de la virtud, y el más estricto imperio de sí mismo. Cultivando esta sensibilidad y no despreciando la materia de que se forman los héroes, porque ignora como se producen, es como la sociedad

cumple su deber y protege sus intereses. Se dice de una persona que tiene carácter cuando sus deseos y sus impulsiones le pertenecen por completo, y son la expresión de su propia naturaleza tal como la ha desenvuelto y modificado su propia cultura. Un sér que no tiene deseos é impulsiones propias, no tiene más carácter que una máquina de vapor. Si además de tener un hombre impulsiones propias son éstas fuertes y regidas por una voluntad poderosa, tiene un carácter enérgico.

El que piense que no debe favorecerse la individualidad de los deseos y el desenvolvimiento de los impulsos debe sostener igualmente, que la sociedad no tiene necesidad de naturalezas fuertes; que no es mejor que exista un gran número de personas de carácter; y que no es de desear que la mayoría de los hombres posean mucha energía.

En las sociedades nacientes, estas fuerzas son quizá desproporcionadas al poder que posee la sociedad de disciplinarlas é intervenirlas. Hubo un tiempo en que el elemento de espontaneidad é individualidad dominaba de un modo excesivo, y en que el principio social tenía que reñir con él rudos combates. La dificultad estribaba entonces en obligar á hombres de gran vigor corporal ó espiritual á someterse á las reglas que

pretendían contener sus impulsiones. Para vencer esta dificultad, la ley y la disciplina (los Papas, por ejemplo, en lucha con los Emperadores) proclamaron su poder sobre el hombre todo, revindicando el derecho de intervenir su vida entera, á fin de poder intervenir un carácter que la sociedad no encontraba manera de contener. Pero la sociedad actual domina plenamente la individualidad, y el peligro que amenaza á la naturaleza humana no es ya el exceso, sino la falta de impulsiones y de preferencias personales. Las cosas han cambiado bastante desde la época en que las pasiones de los hombres poderosos por su posición ó por sus cualidades personales estaban en un estado de perpetua rebelión contra las leyes y las ordenanzas, y debían ser rigurosamente refrenados, á fin de que todos los que les rodeaban pudiesen gozar de una cierta seguridad. En nuestra época, todo hombre, desde el primero hasta el último, vive bajo las miradas de una censura hostil y temible. No solamente en lo que concierne á los otros, sino aun en lo que se refiere á ellos mismos, el individuo ó la familia no se preguntan: ¿Qué es lo que prefiero? ¿Qué es lo que convendría á mi carácter y á mis disposiciones? ¿Qué es lo que daria buen resultado y mayor probabilidad de desarrollo para nuestras más elevadas

facultades? Se preguntan: ¿Qué es lo que conviene á mi situación, ó qué es lo que ordinariamente hacen las personas de mi posición y de mi fortuna? O (lo que es aún peor) ¿qué hacen de ordinario las personas de una posición ó de una fortuna superiores á la mia? Con esto no pretendo decir que prefieran lo que es costumbre á lo que más les guste. Es que no se les ocurre jamás poder tener gusto para otra cosa que para lo que impone la costumbre. Así el mismo espíritu se amolda á su yugo. Aun en los hombres que hacen su gusto, la conformidad con otros constituye su primer pensamiento: quieren en conjunto y no eligen más que entre las cosas que se hacen generalmente: evitan como un crimen toda singularidad en sus gustos, toda originalidad en su conducta; y tan perfectamente lo consiguen, que á fuerza de violentar su natural, no les parece natural nada que no sea lo que hacen: sus facultades humanas están desecadas y reducidas á la nada: se hacen incapaces de experimentar ningún vivo deseo, ningún placer natural: generalmente no tienen ni opiniones ni sentimientos respecto al valor de su propia fuerza. Ahora bien: ¿puede ser buena esta condición para el desenvolvimiento de la humanidad?

Sí: dice la teoría calvinista. Según esta teoría,

el pecado más grande del hombre es tener una voluntad independiente. Todo el bien de que es susceptible la humanidad está reducido á la obediencia. No tenéis elección; debéis proceder así y no de otra manera. Todo lo que no es un deber es un pecado. Estando completamente corrompida la naturaleza humana, no hay redención para nadie hasta que no haya aniquilado en sí la naturaleza humana. Para el que sostenga semejante teoría no es un mal la destrucción de toda facultad, toda capacidad y toda sensibilidad humana; el hombre no necesita otra capacidad que la de abandonarse á la voluntad de Dios; y si se sirve de sus facultades para otra cosa que para cumplir de un modo más eficaz esta voluntad supuesta, valdría más que no las poseyese. He aquí la teoría del calvinismo. Y muchas personas que no se consideran calvinistas la profesan bajo otra forma más moderada; moderación que consiste en dar una interpretación menos ascética á la supuesta voluntad del Todopoderoso. Estos últimos afirman que los hombres pueden satisfacer algunos de sus gustos, pero no seguramente como ellos desearían, sino de una manera obediente; es decir, de la manera prescrita por la autoridad y que necesariamente es la misma para todos.

Con aspecto tan insidioso se manifiesta ahora una fuerte tendencia hacia esta teoría tan estrecha de la vida y hacia este tipo del carácter humano tan inflexible y recortado que profesa. Sin duda ninguna creen muchas personas sinceramente que los hombres así torturados y reducidos á la talla de enanos son tales como su creador los quiso; lo mismo que muchos han creido que los árboles estaban mucho más bellos recortados como bolas ó con formas de animales, que abandonados á su estado natural. Pero si forma parte de la religión, la creencia de que el hombre ha sido creado por un Sér bueno, en armonía con esta creencia está pensar que este Sér le habrá dotado de todas las facultades humanas para que las cultive y desenvuelva, y no para que las destruya y desarraigue; y que se regocija siempre que sus criaturas dan un paso hacia el ideal cuya concepción llevan en sí, y cada vez que desarrollan una de sus facultades de comprensión de acción ó de goce. He aquí un tipo de perfección humana bien diferente del tipo calvinista; una concepción de la humanidad que si reconoce su naturaleza no es para renegar de ella en seguida. El paganismo revindicando la personalidad contrajo un mérito con la humanidad; así como el mérito del cristianismo consiste en haber proclamado el

olvido de sí mismo (1). Hay un ideal griego del desenvolvimiento de la persona, perfectamente compatible con el ideal platónico y cristiano del imperio de sí mismo. Vale más ser un John Knox que un Alcibiades; pero vale más aún ser un Pericles que cualquiera de los dos; y si hoy existiese un Pericles no sería ciertamente sin algunas de las buenas cualidades que adornaron á John Knox.

No es reduciendo forzosamente á la uniformidad todo lo que hay de individual en los hombres, sino cultivándolo y desenvolviéndolo en los límites impuestos por los derechos y los intereses de otro, como los séres humanos se convierten en un noble y digno objeto de contemplación; y como la obra adquiere el carácter de los que la ejecutan, por el mismo procedimiento la vida humana se enriquece y diversifica. Así; produce y alimenta con más abundancia los altos pensamientos, los sentimientos elevados: así; fortifica los lazos que adhieren el individuo á la raza, dando más valor á la raza misma. A proporción del desenvolvimiento de su individualidad, cada persona adquiere más valor á sus propios ojos, y, por consiguiente, es capaz de adquirirlo mayor á los ojos de los demás. Hay

(1) *Ensayos* de Sterling.

una mayor plenitud de vida en toda su existencia, y cuando hay más vida en la unidad hay también más en el conjunto que se compone de estas unidades.

Es necesaria una gran represión si se ha de evitar que los ejemplares más enérgicos de la naturaleza humana atropellen el derecho de los demás; pero aun así hay una amplia compensación en esto bajo el punto de vista del desenvolvimiento humano. Los medios de desenvolverse que pierde el individuo, si se le impide satisfacer sus inclinaciones de una manera perjudicial para otro, no se obtendrían más que á expensas de los demás hombres. Y él mismo encuentra en ello una compensación, porque la restricción impuesta á su egoísmo facilita el desenvolvimiento superior de la parte social de su naturaleza. El estar sometido por causa de otros á las reglas estrictas de la justicia, desarrolla los sentimientos y las facultades que se ejercen en bien de los demás. Pero estar reprimido en las cosas que no interesan al bien ajeno sólo por mortificación, no produce nada bueno, más que el desarrollo de la fuerza de carácter que se puede quizá desplegar resistiendo á las restricciones. Si se consigue la sumisión se enmohece y embota toda nuestra naturaleza. Para que la naturaleza de cada uno pueda seguir su propio

impulso, es preciso que distintas personas puedan llevar diferentes géneros de vida. Los siglos que han tenido en esto mayor latitud, son los que más se recomiendan á la atención de la posteridad. El mismo despotismo no produce sus peores efectos, mientras la individualidad exista bajo su régimen. Y todo lo que destruya la individualidad es despotismo, désele el nombre que quiera; porque es tanto como querer sujetar la voluntad de Dios á los mandatos de los hombres.

Habiendo dicho que individualidad tanto vale como desenvolvimiento, y que es solamente el cultivo de la individualidad lo que produce ó puede producir séres humanos bien desenvueltos, podría dar aquí por terminada esta argumentación. Porque, ¿qué más ó mejor puede decirse en pró de un medio que puede emplear la humanidad para su progreso, sino que conduce á los hombres á lo más aproximado de lo que pueden aspirar á ser? ¿O qué puede decirse peor de un obstáculo al bien, sino que impide el progreso? Sin embargo, es seguro que no bastarán estas consideraciones á convencer á los que tienen más necesidad de ser convencidos. Y es necesario en su consecuencia demostrar que estos séres humanos desarrollados son de alguna utilidad á los que no lo están tanto.

Es preciso enseñar á los que no desean la libertad, y que no quisieran servirse de ella, que si permiten á otros usarla sin obstáculos, pueden ellos obtener algún beneficio apreciable.

En primer lugar, quisiera sugerirles la idea de que podrían desde luego aprender algo de estos individuos que viven libremente. Nadie negará que la originalidad es un valioso elemento en los negocios humanos. Constantemente se nota la necesidad de que haya quien se dedique, no sólo á descubrir nuevas verdades y á señalar el momento en que una que lo fué en otra época deja de serlo, sino á iniciar nuevas prácticas y á dar ejemplo de una conducta más ilustrada y de mayor gusto y buen sentido para los negocios humanos. Esto no puede negarse por quien no crea que el mundo ha alcanzado la perfección en todos sus procedimientos y prácticas. Es verdad que este servicio no puede prestarse por todo el mundo indistintamente. En relación á toda la especie humana, son muy pocas las personas cuyas experiencias, si se adoptasen por la generalidad, harían progresar evidentemente las costumbres establecidas. Pero estas pocas personas son la sal de la tierra; sin ellas la vida humana se convertiría en un mar estancado; ellas no hacen otra cosa que introducir un bien desconocido; ellas alimentan